



Entre el Asia y el Indo-Pacífico: sobre mapas, imaginarios y vocaciones de política exterior

Jorge Heine

Nunca en los más de dos siglos de estrechas y generalmente cordiales relaciones entre Estados Unidos y Francia había ocurrido algo así. Con ocasión del anuncio de AUKUS, un nuevo pacto entre Australia, el Reino Unido y Estados Unidos en septiembre de 2021, Francia mandó llamar a su embajador en Washington (así como al acreditado en Canberra), una *demarche* diplomática que transmite profundo descontento, y es rara vez utilizada entre países amigos (Baer, 2021).

El Canciller galo llamó a AUKUS “una puñalada por la espalda” y el presidente Emmanuel Macron criticó con dureza la creación de la entidad y su expresión más palpable, el anuncio de un contrato de compra de ocho submarinos a propulsión nuclear por parte de Australia a Estados Unidos. Hay muchos detalles que están aún por verse en ese contrato. Lo que está claro es que este llevó a Australia a desahuciar uno anterior con Francia para la construcción de una cantidad similar

de submarinos de propulsión convencional, contrato estimado en un valor de sesenta mil millones de dólares (y por el cual Australia ya había desembolsado dos mil cuatrocientos millones de dólares), asestando un fuerte golpe a la industria de defensa gala (Cohen, 2021).

Más allá de lo comercial, hay otras razones por las cuales el anuncio de la creación de AUKUS (sigla en inglés por Australia, United Kingdom y United States) marca un antes y un después en las relaciones internacionales de nuestro tiempo. Lo sorprendente del anuncio, que tomó desprevenido al Quai d'Orsay, fue parte de la razón del malestar francés. Pocas decisiones de política exterior de los Estados Unidos indican de manera más clara el cambio de prioridades desde Europa a Asia. El arriesgar una relación centenaria con una de las potencias europeas clave, bastión de la Unión Europea y de la OTAN, a cambio de un acuerdo con una potencia mediana *finis terrae* como Australia, no es algo que Washington haga con liviandad. Y la operación tiene un significado adicional.

Estados Unidos y el Reino Unido han sido renuentes a compartir la tecnología utilizada para la propulsión nuclear de submarinos, por lo cual hasta ahora solo había media docena de países que disponen de ella (Estados Unidos, Reino Unido, Rusia, China, Francia e India). Y es que la diferencia entre submarinos a propulsión convencional y los de propulsión nuclear no es solo cuantitativa. Es cualitativa. Estos últimos tienen una autonomía de navegación muy superior a los primeros, y son también más difíciles de detectar por radares enemigos. Ello los hace tanto más efectivos como plataformas de armas de combate naval. En un contexto en que las flotas de submarinos adquieren mayor trascendencia en la proyección y despliegue de fuerza en escenarios marítimos, por encima de portaaviones cada vez más vulnerables, esto toma especial trascendencia. Al incorporar a Australia a este exclusivo club, en el marco de crecientes tensiones entre ese país y China (Raby, 2020), así como entre Estados Unidos y China, la señal es obvia. Guardando las proporciones, es algo comparable a lo que hizo la Unión Soviética en los años sesenta al instalar misiles balísticos en Cuba, que fue lo que llevó a la crisis de los misiles en octubre de 1962. La analogía es imperfecta, ya que la distancia geográfica entre Australia y China es muy superior a la existente entre Cuba y Estados Unidos. Sin embargo, en ambos casos, una superpotencia despliega armamento de última generación (o, en este caso, anuncia que desplegará) en un pequeño

país aliado situado en un vecindario adversario, armas que apunta sin ambages hacia la otra superpotencia. Incluso, para algunos, esto podría ser un prolegómeno para el establecimiento de bases militares de Estados Unidos en Australia.

Tanto Australia como Estados Unidos enfatizan que los submarinos en cuestión no estarían equipados de misiles nucleares, pero cabe notar que sí tendrían la capacidad para ser equipados con ellos. Australia no ha firmado el Tratado para la No Proliferación de Armas Nucleares, de manera que no enfrenta obstáculos formales para hacerlo. AUKUS abre, de esta manera, una brecha en otro frente, el de la proliferación nuclear, llevando a la posibilidad muy real de Japón y de Corea del Sur, no digamos ya de otros países de Asia Oriental y del Sudeste Asiático, de querer adquirir submarinos similares. En otras palabras, el Asia-Pacífico, zona de dos de los lugares potencialmente más explosivos en materia de conflictos bélicos que involucran a las grandes potencias, el Mar Meridional de China y Corea del Norte, añade ahora un factor desestabilizador adicional: una eventual carrera armamentista con un componente nuclear, algo respecto de lo cual tanto Indonesia como Malasia han expresado su preocupación (Azmi, 2021)

Y ello nos lleva a la inconstante naturaleza de esa zona y los intentos por redefinirla en los últimos años, en que pareciera que las batallas de orden semántico son tanto o más importantes que las de orden bélico. Como ha señalado Andrés Serbin (2021, p. 3), estas diferencias semánticas se instalan en el marco de un cambiante orden internacional, en que Asia pasa a ocupar un lugar central, y en que surgen distintas narrativas geoestratégicas, entre las que destacan las de Eurasia, Asia Pacífico e Indo-Pacífico.

¿Asia-Pacífico o Indo-Pacífico?

¿Qué diferencia hace un nombre? Es común tratar de minimizar diferencias en torno a cuestiones sustantivas, sobre todo relativas a categorías o clasificaciones de distinto orden, señalando que serían “meras diferencias semánticas”. La verdad es que, lejos de tratarse de cuestiones menores, los nombres sí hacen una diferencia. Y ello se refleja en el esfuerzo realizado en los últimos años, por rebautizar el

Asia-Pacífico como Indo-Pacífico, esfuerzo que no ha dejado de tener éxito, dándole a este último término una pátina de novedad. Ello ha llevado a muchos países no solo a adoptar su uso, sino que incluso a emitir sesudos documentos de política exterior sobre el tema (Medcalf, 2020, pp. 85-116).

La misma noción de Asia-Pacífico como concepto de uso generalizado es de origen reciente, adquiriendo especial relevancia a partir del fin de la Guerra Fría. Con el término de la bipolaridad y el auge de la autonomía relativa de las regiones, Asia y Oceanía tomaron vuelo propio. Impulsada, primero, por el crecimiento vertiginoso de los “tigres asiáticos” y de China después, la zona se transformó rápidamente en la más dinámica del mundo, la cual generó el “centro de producción Asia”, cuyo núcleo duro es China. Bajo el liderazgo de entidades como APEC y ASEAN, este rápido crecimiento económico fue de la mano con una fuerte proyección diplomática con sus cumbres anuales transformándose en algunas de las más influyentes del planeta (Acharya, 2021).

En reacción al auge de China, por iniciativa del primer ministro de Japón, Shinzo Abe, quien sostuvo en 2007 conversaciones en Nueva Delhi con su contraparte india, el PM Manmohan Singh, para redefinir la zona como “Indo-Pacífico”. Sin embargo, ello no prosperó. No sería hasta 2017 que el término volvería a adquirir vuelo, impulsado ahora por los Estados Unidos bajo el gobierno de Donald J. Trump. En 2018, el Comando Pacífico del Pentágono, con sede en Honolulu, fue rebautizado como comando Indo-Pacífico. Desde entonces, Washington ha promovido el uso del término “Indo-Pacífico Libre y Abierto” (FOIP, *Free and Open Indo-Pacific*, en la sigla en inglés).

¿El “Quad”, la OTAN del Asia?

El “núcleo duro” del proyecto FOIP es el Diálogo Cuadrilátero de Seguridad (Quad) integrado por Estados Unidos, Japón, India y Australia, definido por algunos como “la OTAN de Asia”. El mismo realiza ejercicios navales y militares de diferentes tipos en la zona. El Gobierno de Trump lo puso en el centro de su estrategia para contener a China en Asia. El secretario de Estado, Mike Pompeo, realizó su primer viaje a Asia para asistir a la primera conferencia presencial de los Cancilleres

del Quad, que se llevó a cabo en Tokio en octubre de 2020, a su vez, la primera reunión oficial de alto nivel en Asia a la cual asistía en forma presencial. La reunión fue también la primera conferencia internacional realizada en Japón bajo el gobierno del primer ministro Yoshihide Suga.

El Gobierno del presidente Biden no solo ha seguido esa política, sino que ha reforzado la apuesta de Washington por el Quad. En marzo de 2021, Biden hizo de anfitrión, en Washington, de la primera cumbre diplomática (virtual) del Quad. No se le escapó a los observadores que el recién electo presidente de los Estados Unidos se reunió antes con los jefes de gobierno del Quad que con los de la OTAN, algo que ocurriría en junio del mismo año. Ya cerrando el círculo, Biden haría de anfitrión de la primera cumbre diplomática presencial del Quad en Washington, en septiembre de 2021, subrayando que sería él quien vendría a materializar el famoso “pivote hacia Asia” tan anunciado por el presidente Obama en 2011, pero que no se llegó a concretar durante su mandato.

Para muchos, pese a su carácter incipiente, el Quad ha adquirido aún mayor trascendencia para Estados Unidos que la OTAN, dada la competencia hegemónica con China, prioridad clave de la política exterior estadounidense. El Quad es, ante todo, una coalición anti-China, como lo es AUKUS. Como tal, su intención es ampliar su apoyo más allá de la zona. La invitación a Marinas de otros países, como la de Chile, a participar en ejercicios navales en el Pacífico Occidental, “en defensa de un Pacífico Libre y Abierto”, se inserta en ese cuadro, algo sobre lo que volveremos más adelante. Y esto nos lleva a los diferentes matices surgidos en el uso del término.

El Indo-Pacífico, término de moda

Si bien este uso es cada vez más extendido, ello ha ido de la mano con matices no menores en ese mismo empleo. Aparte de los propios integrantes del Quad, tanto ASEAN, hasta ahora muy identificada con la noción de Asia-Pacífico, y países como Indonesia, Reino Unido, Francia y Alemania, lo han usado en documentos oficiales recientes, en que puntualizan su posición frente a la cambiante realidad geopolítica de Asia. China, por su parte, rechaza la utilización del término, como lo

hace Rusia. El Canciller chino, Wang Yi, se ha referido a la noción de Indo-Pacífico como “una idea para llamar la atención” que “se disipará como la espuma del océano” (Birtles, 2018).

Los partidarios del Indo-Pacífico sostienen que, dada la conjunción de las aguas del Pacífico y del Índico, así como el que las principales rutas de comercio marítimo atraviesan ambos océanos, lo lógico es considerarla como una zona integrada. Apuntan, también, a que el término tendría una larga historia. Su uso hoy rescata una visión de larga data, que capta mejor la dinámica y el funcionamiento de esta verdadera “carretera marítima del mundo”, por la que transita gran parte del comercio de bienes en el planeta, sobre todo por el estrecho de Malaca. Perspectivas fragmentadas, que separan en forma artificial los océanos que bañan las costas de Asia, no harían sino nublar una realidad marítima integrada y única.

La India como protagonista del Indo-Pacífico

Otros responden que los mapas dependen del cristal con que se miren, que no hay tal cosa como una sola realidad geográfica en esa parte del mundo, y que los orígenes del uso del término Indo-Pacífico en el pasado reciente (primero Japón y ahora Estados Unidos) hablan por sí solos de su intencionalidad. En breve, esta sería nada más y nada menos que subir el perfil de India para contrapesar el creciente papel de China en Asia. Poca duda cabe que India es un protagonista clave en esa parte del mundo (Menon, 2021). Con el uso de Indo-Pacífico se corre el eje de referencia conceptual desde Asia Oriental al Asia Meridional, en cuyo centro está India. Y en el curso de los últimos quince años, Estados Unidos ha desplegado toda una ofensiva para reparar sus relaciones con India, acercarla a las posiciones de Washington, y ayudar con ello a contrapesar a China.

Dadas las complejas relaciones entre Washington y Nueva Delhi a lo largo de la historia (reflejadas en el hecho que en 2006, George W. Bush fue el primer presidente republicano desde Dwight Eisenhower en visitar India), este acercamiento no ha sido fácil. Ayuda, sin embargo, que la opinión pública india sea fuertemente pro-Estados Unidos, algo en lo cual influye la existencia de una significativa y exitosa comunidad

de origen indio en ese país y la aspiración de muchos integrantes de la clase media india de enviar a sus hijos a estudiar al país del Norte. Tanto es así, que India era de los pocos países que el presidente Trump gozaba de popularidad. Un 56 % de los indios expresaban confianza que “el Presidente Trump haría lo correcto en asuntos internacionales” y un 64 % creen que Estados Unidos tiene una influencia positiva en la economía india (Pew Research, 2020). No ocurre lo mismo a nivel de la élite que conduce la política exterior india, así como de la comunidad académica que sigue los temas de relaciones internacionales. En las universidades y en los numerosos centros de estudio dedicados a ello, sobre todo en Nueva Delhi, las memorias del histórico apoyo de Washington a Pakistán en las tres guerras que ha tenido con India en más de setenta años, no han desaparecido, y subsiste un recelo y una profunda desconfianza hacia las intenciones de Washington.

En los últimos años, sin embargo, las relaciones entre China e India han ido de mal en peor. Ello culminó en un enfrentamiento fronterizo entre tropas indias y chinas en el Valle de Galwan, en los Himalayas, en junio de 2020, que causó la muerte de una veintena de efectivos indios. Este fue el peor enfrentamiento desde la guerra entre ambos países en 1962 (Miller, 2020). Desde Galwan, India ha adoptado una postura más hostil hacia China y, siguiendo el viejo principio de “el enemigo de mi enemigo es mi amigo”, se ha acercado más a las posiciones de Estados Unidos en Asia. Nada de ello ha significado que Estados Unidos le haya ofrecido concesiones económicas de ningún tipo a India. Por el contrario, el Gobierno de Trump impuso tarifas adicionales a numerosos productos indios, generando fricción en la relación bilateral.

Más allá de los altibajos en las relaciones entre Washington y Nueva Delhi, sin embargo, el problema de fondo con “el diseño Indo-Pacífico” es que, por definición, pone en el centro del mismo a India. India, no obstante su tamaño, su alta tasa de crecimiento y el constituir “el otro gigante asiático”, no está en condiciones de hacerle el peso a China, por mucho que ello le gustaría tanto a Japón como a los Estados Unidos. Por una parte, la economía india, pese a su rápido crecimiento en los últimos treinta años, sigue siendo la quinta parte de la economía china. Por otra, su inveterado proteccionismo, algo que se ha incrementado desde la llegada del primer ministro Narendra Modi al poder en 2014 (Jaffrelot, 2021), ha significado que India se ha autoexcluido de casi

todos los esquemas de integración regional en Asia. Solo es parte de South Asian Area of Regional Cooperation (SAARC), el menos dinámico de todos, y uno en el cual el comercio intrarregional es mínimo. India no es parte del Regional Comprehensive Economic Partnership (RCEP) ni del Acuerdo Transpacífico Progresista y Comprehensive (ATPC) ni de APEC, lo que significa que sus lazos económicos con el resto de Asia son mucho menores de lo que podrían serlo, y que no participa en las principales instancias de gobernanza económica regional, algo que le dificulta el asumir un papel central de tanta envergadura en el continente.

Matrices y diferencias

Como hemos señalado, el uso más agresivo y militarista del término Indo-Pacífico es el de Estados Unidos, centrado en la noción de un “Indo-Pacífico Libre y Abierto” (FOIP). Este estaría focalizado en contrarrestar lo que considera el expansionismo chino en el Mar Meridional de China y sus zonas aledañas. Buques de guerra estadounidenses realizan lo que llaman “operaciones de libertad de navegación”, atravesando ese mar. Allí, China está expandiendo su presencia en islotes y roqueríos, construyendo pistas de aterrizaje y mini- bases navales, en aguas en disputa con sus vecinos como Vietnam, Filipinas y Malasia. Esta es considerada una de las zonas estratégicamente más delicadas, ante la posibilidad de enfrentamientos (aunque sean accidentales) entre fuerzas navales estadounidenses y chinas. China tiene hoy ya la mayor Marina del mundo en términos de número de embarcaciones, aunque con unidades de tamaño inferior a las de Estados Unidos (Mainardi, 2021).

Aún dentro del propio Quad, el resto de sus integrantes tiene perspectivas menos agresivas hacia China, entendiendo que deben convivir con ese país, con el que, por lo demás, los unen fuertes lazos económicos. India, por ejemplo, se refiere a un Indo-Pacífico “inclusivo”. Por otra parte, ASEAN y la misma Indonesia han emitido documentos sobre el Indo-Pacífico en que subrayan la centralidad del Sudeste Asiático en el mismo, y en los cuales consideran a China como parte integral, un socio con el cual colaborar y no un adversario al cual enfrentar (ASEAN, 2019). Se podrá decir que estos son meros matices, pero en

el lenguaje diplomático “el diablo está en los detalles” y son precisamente los matices los que hacen toda la diferencia.

El Indo-Pacífico y América Latina

En este marco, surge la interrogante, ¿qué importancia, si hay alguna, tiene este debate sobre geopolítica y semántica en la lejana Asia para América Latina? ¿No se trata de temas abstrusos y remotos, de cuestionable relevancia para una región que ya tiene suficientes problemas en manejar sus propios asuntos en su vecindario más inmediato, como para, además, prestar atención a este tipo de cuestiones, centradas en problemas a varios miles de kilómetros de distancia del Hemisferio Occidental?

La respuesta es sencilla. Lo que pasa en Asia, la zona más dinámica y de más rápido crecimiento del planeta, afecta muy directamente a América Latina. La región está cada vez más interconectada con Asia en general y con China en particular (China es el mayor socio comercial de Sudamérica en su conjunto, World Economic Forum, 2021), por lo que el cómo los países latinoamericanos asuman este debate no es irrelevante. Esto afecta más a algunos países que a otros. Y en este contexto, el caso de Chile es emblemático.

Desde la época de Diego Portales, desde los comienzos de la República, la vocación hacia el Pacífico ha sido vista como un elemento definitorio de la política exterior de Chile. En los noventa, el haber identificado el auge del Asia-Pacífico como la zona más dinámica y prometedora para las exportaciones de Chile; el haber ingresado a APEC en 1994; y el haber definido a la globalización como asianización, fueron todos elementos decisivos para posicionar a Chile como pionero en esa parte del mundo, lo que fue de la mano con el buen desempeño económico chileno en estos años. En 2020, un 60 % de las exportaciones del país andino fueron a Asia, y un 35 % a China. En lo que algunos señalan que será “el siglo de Asia”, nada indica que esto vaya a cambiar a futuro. En otras palabras, la apuesta de Chile por el Asia Pacífico, hace ya tres décadas, fue correcta (Amson y Heine, 2015).

Así las cosas, y en este nuevo entorno que se ha generado en los últimos

años, en Chile y en otros países de la región surge una interrogante. Ante esta eventual redefinición del mapa de Asia y el auge de una nueva perspectiva acerca de cómo conceptualizar esa vasta zona, ¿qué hacer? Si varios países europeos abrazan el término “Indo-Pacífico” y sus Cancillerías emiten documentos sobre el tema y su significado, no cabría acaso hacer lo mismo. Es más, se podría incluso enfatizar que ello tendría la ventaja de acercar a los países latinoamericanos a India, algo que hace mucha falta, y evitaría el “poner todos los huevos en una sola canasta”, esto es, en China. En ese sentido, se podría decir incluso que este nuevo enfoque conceptual podría también contribuir a *diversificar* y *ampliar* los lazos de América Latina con Asia.

El problema con este razonamiento es que se asume que esta nueva visión de Asia responde a ciertos cambios en terreno, que de alguna manera modificarían la situación *ex ante*. La verdad es que no es así. La noción de Indo-Pacífico es de antigua data, y un debate sobre su pertinencia o no a comienzos del siglo XXI es muy legítimo. Dicho eso, es importante tener claro que esta puesta en escena del término responde a una cierta lógica: ella surge de la competencia entre Estados Unidos y China, y del afán de Washington por redefinir Asia de manera tal que ya no sea China, sino que India la que esté en el centro de este nuevo mapa. Este es un objetivo geopolítico muy legítimo, y va de la mano con la cada vez mayor formalización del Quad y la creación de AUKUS. La redefinición del espacio geográfico asiático se inserta en la estrategia destinada a construir coaliciones anti-China.

En esos términos, la pregunta para la región es otra. ¿Deberían los países latinoamericanos, particularmente los sudamericanos, hacerse parte de un ejercicio de esa índole? Esta no es una pregunta retórica o académica. La coalición anti-China creada en este marco trata de ampliarse y busca aliados en todas partes, incluyendo a América Latina. Sin ir más lejos, ello ha conducido a una serie de expresiones de la política de defensa de Chile en tiempos recientes. Ellas no solo utilizan la expresión Indo-Pacífico, abandonando el tradicional uso de “Asia-Pacífico” en la conducción de la política exterior de Chile, a la cual la política de defensa debe estar subordinada, sino que lo hacen empleando la variante más agresiva del mismo, incluyendo la de un “Indo-Pacífico Libre y Abierto”.

En un documento publicado en el Diario Oficial de Chile, “Aprueba

Política de Defensa Nacional de Chile 2020” (Ministerio de Defensa Nacional, 2021), se incluye un acápite completo sobre el Indo-Pacífico, en el cual se menciona que es “una zona vital para el desarrollo y prosperidad de Chile en el siglo XXI”. El mismo es descrito como una región de riesgos y conflictos potenciales y de “amenazas a la libre navegación en rutas aéreas y marítimas vitales para el comercio”. Se alude al significado de la libertad de navegación por el Indo-Pacífico como parte de la política de defensa de Chile, y se expresa la importancia de elevar la participación de Chile en instancias bilaterales y multilaterales en temas relativos a la Seguridad. Es aún más grave que una fragata de la Armada de Chile haya participado en ejercicios navales conjuntos con la Marina de los Estados Unidos en el marco de la promoción de un “Indo-Pacífico Libre y Abierto” y que el Ejército de Chile haya participado en la *Indo-Pacific Land Power Conference* “para analizar los principales desafíos a la seguridad regional y preservar un Indo-Pacífico libre y abierto mediante la fuerza y la preparación”, lenguaje que habla por sí mismo.

¿En qué radica la gravedad de estas iniciativas en materia de política de defensa?, que el día de mañana pueden ser replicadas por otros países latinoamericanos, que serán invitados a participar en los mismos ejercicios y a proclamar su adhesión irrestricta al “Indo-Pacífico Libre y Abierto”.

De esta manera, en primer lugar, ello rompe una larga tradición de política exterior de Chile de mantener su autonomía y de no abanderizarse con las posiciones de alguna de las grandes potencias en pugna. Para un país de tamaño mediano como Chile, comprometido con la vigencia del Derecho Internacional, con el multilateralismo y con la resolución pacífica de las controversias, el abstenerse de tomar partido en las disputas de las superpotencias es clave para mantener su independencia. El participar con unidades navales en ejercicios vinculados a una de las zonas más estratégicamente sensibles en la actualidad, es apartarse de esa tradición. En segundo lugar, ello indica un aparente desfase entre la política exterior y la política de defensa. China es el mayor socio comercial de Chile y lo es desde hace una década. En 2019, China además de ser el mayor socio comercial de Chile, fue también, su mayor fuente de inversión extranjera, algo que se repetiría en el primer semestre de 2021 (Heine, 2021). *Ceteris paribus*, situaciones comparables se dan en Argentina, Brasil, Uruguay y Perú, por solo citar

a algunos países del subcontinente.

En estas circunstancias, ¿es razonable que Chile (u otros países en condiciones similares) se aproxime a, use el vocabulario de, y participe en ejercicios militares y navales, reales o virtuales, de entidades que configuran lo que es esencialmente una coalición anti-China? Formular la pregunta es responderla.

Indo-Pacífico, minilateralismo y No Alineamiento Activo

Más allá del Indo-Pacífico como propuesta geopolítica, sin embargo, el desafío que un tema como éste implica para las políticas exteriores de la región alude a algo más amplio. Esto dice de una relación que la podríamos definir como “una cierta manera de apearse” ante los cambios en el orden internacional. Lo que Alain Rouquié ha llamado el “eclipse diplomático” de América Latina, y que la ha llevado a posiciones de cada vez mayor irrelevancia en la política internacional, ha generado varias respuestas entre los analistas. Una de ellas, ha sido la propuesta “minimalista”, esto es, un enfoque de nicho, muy puntual, que propone responder a cada cuestión que surja dependiendo de las circunstancias que la rodeen, y de las oportunidades que ofrezca. Ello ha sido acompañado con la noción de impulsar el “minilateralismo” como estrategia central, esto es la construcción de pequeñas coaliciones puntuales (siguiendo el modelo de las tristemente célebres *coalitions of the willing* de la Guerra de Irak). Todo esto cumpliría el propósito de mantener un perfil bajo, de no alterar demasiado el orden de las cosas, y el aplicar un recetario viable y “realista” para sacar a América Latina de su ensimismamiento, que la lleva en un acelerado tránsito de la periferia a la marginalidad.

Nadie puede oponerse a la construcción de pequeñas o medianas coaliciones en la política internacional. En buena medida, en eso consiste el arte de la diplomacia. El punto es otro. ¿Basta ello para darle un Norte a la política exterior? Muchos dirían que no, y que es confundir las herramientas con la estrategia.

Sin una respuesta algo más abarcadora, América Latina no podrá salir de la crisis en la que se encuentra. Es por ello que Fortin , Heine y

Ominami (2020) han propuesto el No Alineamiento Activo (NAA) como un enfoque que permitiría “ordenar el naipe” y evitar tanto la creciente fragmentación de la región, así como posiciones oportunistas que dañan la credibilidad y la reputación de la región como actor internacional.

A partir de un diagnóstico de que el actual escenario internacional se encamina en forma acelerada hacia una Segunda Guerra Fría, esta vez entre Estados Unidos y la República Popular China, la doctrina del NAA rescata lo que Juan Domingo Perón alguna vez llamó “la Tercera Posición”, así como el espíritu de Bandung y lo que fue el Movimiento de Países No Alineados (NOAL) fundado en 1961, de mantenerse al margen del conflicto entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, y no dejarse arrastrar a las posiciones de uno u otro. Al aplicar este principio al actual diferendo entre Estados Unidos y China, el NAA también lo *aggiorna* y actualiza, adaptándolo a las realidades del nuevo siglo y de un mundo muy distinto al de los cincuenta y sesenta.

En momentos en que Washington ha revivido la Doctrina Monroe y la región se encuentra bajo fuertes presiones por excluir a los que se denominan “potencias extrarregionales” (léase China, Rusia, Irán y para algunos India) de sus flujos comerciales, financieros y de inversión, es clave que la región rescate su autonomía e independencia de acción. Las dos primeras décadas del nuevo siglo han sido precisamente testigos de una gran diversificación de los lazos diplomáticos, comerciales y financieros de los países latinoamericanos, más allá de sus socios tradicionales, esto es, los Estados Unidos y algunos países europeos. La noción de que de alguna manera se debería *retroceder* en la materia, *desandando* todo lo avanzado, es insostenible. Sin embargo, es a eso a lo que apuntan estas presiones.

El poner los intereses nacionales, y no los de las grandes potencias, como primera prioridad; el recuperar un sentido de cooperación regional y el trabajo conjunto en instituciones multilaterales, son algunos de los principios básicos que deben inspirar al NAA. Su urgencia se ha puesto especialmente de manifiesto en 2021. Si alguien tenía alguna duda respecto de que estamos en presencia de una Segunda Guerra Fría, esa duda debería haber sido despejada. La sabiduría convencional decía que el Gobierno del presidente Biden no introduciría grandes cambios en la política de Estados Unidos hacia China seguida por el

presidente Trump, pero que lo que sí haría, es bajar el diapasón y disminuir la agresividad de los intercambios entre Washington y Beijing. Sin embargo, lejos de ello, lo que hemos visto es una *exacerbación* de las tensiones entre ambos países, incluso a niveles no vistos en el cuatrienio del presidente Trump. El poco edificante espectáculo brindado en el encuentro en Anchorage, Alaska, entre diplomáticos estadounidenses y chinos en marzo de 2021, es un buen ejemplo de ello, situación que no mejoró con ocasión de la visita de la Subsecretaría Estado de Estados Unidos a Tianjin en agosto de 2021.

Según una encuesta del Consejo Europeo de Relaciones Internacionales, un 65 % de los europeos creen que ya existe una Guerra Fría entre Estados Unidos y China (Krastev y Leonard, 2021). La reciente creación por parte de la CIA de un centro dedicado exclusivamente a China que, según un comunicado oficial de la Agencia estaría destinado a “fortalecer nuestro trabajo colectivo en la más importante amenaza geopolítica colectiva que enfrentamos en el siglo XXI, un Gobierno chino que se ha constituido en un adversario creciente”, no hace sino ratificar esa percepción (CNN, 2021).

Es en estos términos, que debe ser considerada la política a seguir por parte de los países latinoamericanos en relación con la nueva propuesta geopolítica que significa la noción del Indo-Pacífico y sus derivaciones como el Quad y AUKUS. Por abrazar un término de moda, y endosar sin más toda la narrativa estratégica asociada, como ya lo están haciendo algunos países, se corre el riesgo de tomar partido en esta nueva Guerra Fría, con todo lo que ello implica.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Acharya, A. (2021). *ASEAN and Regional Order: Revisiting Security Community in Southeast Asia*. Routledge.
- Arnson, C. y Heine J. (comps.) (2015). *Puentes sobre el Pacífico: Las relaciones entre América Latina y Asia en el nuevo siglo*. Universidad del Pacífico y Wilson Center.
- ASEAN (2019). “ASEAN Outlook on the Indo-Pacific”. <https://asean.org/>

- speechandstatement/asean-outlook-on-the-indo-pacific/
- Azmi, H. (22 de septiembre de 2021). “Ankus fallout: Malaysia plan China consultations as anxiety simmers over defense pact”, *South China Morning Post*.
- Baer, D. (17 de septiembre de 2021). “Sub Snub has Paris in a Tizzy over Aukus”, *Foreign Policy*.
- Birtles, B. (March 8, 2018). “China mocks Australia over “Indo-Pacific” concept says it will dissipate”, *ABC News*.
- CNN (7 de octubre de 2021). “CIA will focus on China a new mission center”.
- <https://www.cnn.com/2021/10/07/politics/cia-china-mission-center/index.html>
- Cohen, R. (17 de septiembre 2021). “U.S. Defense Pact with Australia Enrages France”. *The New York Times*.
- Ejército de Chile (28 de mayo de 2021). “Oficial del Ejército participa en conferencia internacional”. <https://ejercito.cl/prensa/visor/oficial-del-ejercito-participa-en-conferencia-internacional>
- Fortin, C., Heine, J. y Ominami C. (2020). “Latinoamérica: no alineamiento y la segunda Guerra Fría”, *Foreign Affairs Latinoamérica*, vol. 20, no 3, pp. 107-115.
- Fortin, C., Heine, J. y Ominami C. (comps.) (2021). *El No Alineamiento Activo y América Latina: Una doctrina para el nuevo siglo*. Catalonia.
- Heine, J. (2012). *La Nueva India*. El Mercurio/Aguilar.
- Heine, J. (Agosto de 2021). “Still trailblazing? The Chile-China relationship at fifty”, LSE Ideas,
- <https://blogs.lse.ac.uk/cff/2021/08/23/still-trailblazing-the-chile-china-relationship-at-fifty/>
- Jaffrelot, C. (2021). *Modi’s India: Hindu Nationalism and the Rise of Ethnic Democracy*. Princeton University Press.
- Krastev, I. y Leonard M. (22 de septiembre 2021). “What Europeans thinks about the US-China Cold War”, *European Council on Foreign Relations Policy Brief*.
- Mainardi, B. (7 de abril de 2021). “Yes, China has the largest Navy. This

matters less than you think”. *The Diplomat*. <https://thediplomat.com/2021/04/yes-china-has-the-worlds-largest-navy-that-matters-less-than-you-might-think/>;

Medcalf, R. (2020). *Indo-Pacific Empire: China, America and the Contest for the World's Pivotal Region*. Manchester University Press.

Menon, S. (2021). *India and Asian Geopolitics: The Past, Present*. Penguin.

Miller, M. (July 7, 2020). “China-India relations plummet to new lows in the Himalayas”, *East Asia Forum*.

Miller, M. (October 13, 2021). “The Quad, AUKUS and India's Dilemmas”. *Council on Foreign Relations*.

Ministerio de Defensa de Chile (28 de mayo de 2021). Decreto 4 “Aprueba la Política de Defensa Nacional de Chile”.

Pew Research Center (February 2, 2020). “While Indians view Trump positively, there's less enthusiasm for his trade policies”. <https://www.pewresearch.org/fact-tank/2020/02/20/while-indians-public-views-trump-positively-theres-less-enthusiasm-for-his-trade-policies/>

Raby, G. (2020). *China's Grand Strategy and the Future of Australia in the New Global Order*. University of Melbourne Press.

Rudd, K. (August 6, 2021). “Why the Quad alarms China”. *Foreign Affairs*.

Serbin, A. (2021). “El Indo-Pacífico y América Latina en el marco de la disputa geoestratégica entre Estados Unidos y China”, *Documento de Trabajo* 45/2021 (2ª serie). Fundación Carolina.

World Economic Forum (Jun 17, 2021). “China's trade with Latin America is bound to keep growing. Here's why it matters”.

<https://www.weforum.org/agenda/2021/06/china-trade-latin-america-caribbean/>.